



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

Melbourne, 28 de febrero, es la 13:00, el avión toma velocidad en la pista, tanta, que hace un viaje en el tiempo. Veinte horas después, gracias a los husos horarios, aterrizamos en Puerto Montt, Chile, a las 17:00 de la tarde del mismo día.

Chile es el país más largo del mundo de norte a sur, 4.300km y su máxima anchura es 445km, con lo que decidir que parte del país pedalear, es difícil. Bajar a la Patagonia es atractivo, pero comienza el frío, la mitad superior es desértica, con lo que elegimos subir desde la región de los lagos hasta Concepción. El verano está terminando y confiamos que el clima sea benévolo, pero las conversaciones previas con chilenos no son nada esperanzadoras, “¡Uuh, allí en el sur llueve hartoo!”. Así que Chile nos recibe lloviendo y será la tónica general de nuestras etapas en el país.

Desde que salimos de Pamplona, salvo momentos puntuales, nos hemos comunicado en inglés, francés, portugués y ahora por fin el idioma nos da tregua y podemos entendernos a la perfección. Con ese acento característico, su amabilidad y sencillez, nos sentimos muy cerca de casa. Montamos las bicis en el salón-minúsculo del alojamiento mientras llueve al otro lado del cristal. Por suerte, al día siguiente, para la foto inicial, el sol luce en el paseo marítimo de Puerto Montt, comienza el 4º rumbo, Bolivia.

Chile es caro, casi como Europa, acostumbrados a África, los precios nos resultan abusivos y tardamos en asumirlos. La compra del supermercado, la comida y sobre todo los alojamientos. Pero la balanza se compensa con la generosidad de su gente. El primer día, la tarjeta de teléfono no funciona, en un ultramarinos donde las venden, la señora que atiende, no sabe cómo darme solución, pero Héctor, un señor que pasa por ahí, sin conocernos, nos resuelve el problema. “Os compro un plan a mi nombre como si fuerais mis hijos”. Nos da un abrazo, nos desea buen viaje y en silencio se marcha sin cobrarnos. Nos ha regalado estar conectados, pero sobre todo una sonrisa y mucha energía para comenzar este nuevo continente, el quinto de rumbos olvidados.

Nos marcamos la isla de Chiloé como primer destino, ese territorio fue la última posesión española en continente americano hasta que se incorporó a Chile. Una isla verde, con sus iglesias chilotas de madera patrimonio de la Unesco. Llegamos en ferry por el estrecho del Chacao y se desata la primera de las tormentas que viviremos. Peleamos contra un viento huracanado, la lluvia, los camiones y el frío. Llegamos a Ancud con ganas de sopa y cama. No estábamos preparados mentalmente y esa etapa se nos hace eterna.

Ahora sí, comienza la subida hasta Concepción. Si miramos al este, en días despejados, se atisba la cordille-



Última etapa, aunque la mayoría ha sido paisajes verdes con ríos y lagos, la subida a San Pedro de Atacama nos impresionó.

“Del clima frío a la calidez humana”



ra, cumbres nevadas, en su mayoría volcanes. Con más de dos mil, es de los países que más tiene del mundo, 95 activos. Hace diez años, cerca de donde pasamos, el volcán Calbuco desalojó gran parte de la población y su nube llegó hasta Argentina. Esas serán nuestras vistas, desde las llanuras de cultivo y pasto, plagadas de pinos y eucaliptos que lo han invadido todo. De vez en cuando, pedaleábamos por pistas que aquí llaman ripio y con cientos de perros que cada día salían a nuestro encuentro. Hay

muchos abandonados y otros tantos cuidando las parcelas. Casi todo está vallado y pertenece a alguien con lo que acampar en cualquier sitio no ha sido fácil.

En Chile, en la parte sur, para alojarte, sobre todo hay cabañas, equipadas con todo, acogedoras, pero caras. Las lluvias nos impiden acampar y terminamos durmiendo en muchas de ellas. A la semana de empezar llegamos a Fresia, un pueblo como cualquier otro, de casitas de una planta, con mucha leña api-

lada fuera para calentar durante el invierno, que como ellos dicen, dura de marzo a noviembre. Allí nos espera Pamela, que tiene las dos cabañas ocupadas, pero no duda en ofrecernos dormir en su casa, primero por poco, al final, a cambio de una tortilla de patata. Encontramos una amiga, la primera de muchas.

Chile amanece tarde, acostumbrados a horarios solares donde la vida comienza temprano, aquí a las 10:00 en ocasiones los locales siguen cerrados. Eso sí, cuando abren, en cual-

quier lugar hay tiendas de comida, ultramarinos, negocios, si viajas en bici, abastecerte no es un problema y comer no es excesivamente caro. Durante el camino hemos disfrutado de su comida, del curanto, las cazuelas, las chorrillanas, los completos, los churrascos, su versión del sushi... Comen de plato, pero también mucha comida rápida. Recordamos con sonrisa el foodtruck de Luz, el del rojito con Pedro y Bernarda, la pastelería la Pascuala con Javi y Grise, todas ellas bonitas experiencias.

Hay una vía principal que es la ruta 5, que recorre más de 3.000km del país y que es parte de la panamericana que comienza en Alaska. El problema es que es de doble carril y la esquivamos lo más posible. Pedaleamos por secundarias, sin arcén en muchos casos y de ripio en ocasiones y aunque existe la ruta 5, todos los días el tráfico es intenso. Las cuentas no nos salen, en un país de 20 millones de habitantes, tan largo y donde la mayoría está en el trabajo, en las escuelas o en su casa, no entendemos la afluencia de camiones y coches constantemente que nos obliga a ir uno detrás de otro e intranquilos. En muchos países que hemos recorrido, en puntos concretos de la carretera se ven unas flores en recuerdo a un familiar o amigo que ha fallecido en ese lugar, pero aquí van más allá. Cada etapa encontramos decenas de altares, no se limitan a unas flores en un jarrón y una foto, llegan a construir pequeños panteones, escenarios con coches, camiones de juguete o en algunos casos hasta la bici, la moto o el coche del accidente. Aquí les llaman animitas.

Desde Fresia pasamos por Riachuelo, ahí dormimos en un campamento pensado para cicloviajeros, el refugio Kurileufun, pasamos una velada increíble con los dueños, dos venezolanas que viajan en bici con su perro y un chileno que más que viajar en bici, vuela. Siguiendo etapa llegamos a La Unión y el dueño de las